97-84009-16

Pueyrredón, Honorio

Discurso pronunciado...

Buenos Aires

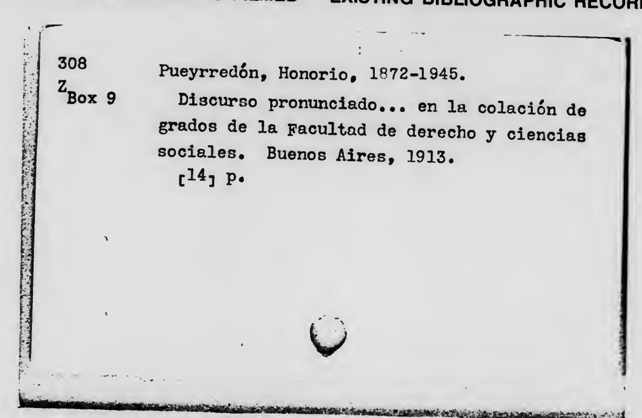
1913

97-84009-16
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD



308
Z
Box 9

Pueyrredón, Honorio, 1872-1945.
Discurso pronunciado... en la colación de grados de la Facultad de derecho y ciencias sociales. Buenos Aires, 1913.
[14] p.

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 1-17-97 INITIALS: PB.

TRACKING # : 20116

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

BIBLIOGRAPHIC IRREGULARITIES

MAIN ENTRY: Pueyrredón, Honorio

Discurso pronunciado...

Bibliographic Irregularities in the Original Document:

List all volumes and pages affected; include name of institution if filming borrowed text.

_____ Page(s) missing/not available: ______

_____ Volume(s) missing/not available: ______

_____ Illegible and/or damaged page(s): ______

_____ Page(s) or volume(s) misnumbered: ______

_____ Bound out of sequence: ______

_____ Page(s) or volume(s) filmed from copy borrowed from: ______

X Other: unpaginated - [14] pages

_____ Inserted material: ______

TRACKING#: MSH20116

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL CONSEJERO Y PROFESOR

Dr. HONORIO PUEYRREDÓN

EN LA

COLACIÓN DE GRADOS DE LA FACULTAD DE DERECHO
Y CIENCIAS SOCIALES

BUENOS AIRES
12 DE AGOSTO DE 1913



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL CONSEJERO Y PROFESOR

DR. HONORIO PUEYRREDÓN

EN LA

COLACIÓN DE GRADOS DE LA FACULTAD DE DERECHO
Y CIENCIAS SOCIALES

BUENOS AIRES
12 DE AGOSTO DE 1913

DISCURSO

DEL DOCTOR HONORIO PUEYRREDON

Señoras, señores:

Todo lo tradicional encierra una enseñanza y tiene algo de respetable y algo de noble. Esta fiesta que resiste a las cambiantes repentinas de nuestro medio, pareciera queremos decir: Conservad algo, no reemplacéis todo dejándoos llevar por las determinantes del momento; los nombres de vuestros lugares, los ritos de vuestras fiestas, son eslabones preciosos de vuestra historia.

Al repetir así la augusta ceremonia, entre los himnos de una nueva vida y los salmos de nostalgias de la que se deja, márcase el final de una etapa, y el comienzo de otra que se emprende con todas las ilusiones ardorosas. Vosotras la decoráis, señoras, con vuestra gentil presencia, como si la sociedad en lo que tiene de

más noble, quisiera dar a estos nuevos viajeros su auspiciosa bienvenida.

Permitid, jóvenes doctores, a quien fuera vuestro maestro, que llene su misión con la última lección modesta, sobre viejas verdades olvidadas.

No se forman sabios en la escuela. No lo son los que enseñan, ni están en condiciones de serlo los que aprenden. Trasmitimos rudimentos del saber, orientaciones científicas, que servirán de base a ulteriores investigaciones de estudioso y esto, que parecería deficiente, es bastante si a la vez se realiza en la cátedra la alta función del profesorado, que consiste en formar caracteres más que en trasmitir conocimientos.

Si la enseñanza no tiende a desarrollar la acción personal, la independencia del carácter y la firme voluntad, asegurando a la vez la unión de esas individualidades en una acción colectiva armónica, se habrán echado las bases de una preparación científica; pero, no se han levantado los cimientos sobre los que haya de construirse la verdadera personalidad moral; y la ciencia misma no tendrá cultores, en aquellos que aprendieron débilmente a quererla, sin adquirir la fuerza de concentración capaz de cultivarla.

El objeto de la enseñanza es preparar al hombre para la vida, y la vida no es sólo laboratorio o gabinete de estudio. La vida es lucha, es trabajo, donde triunfa siempre el más fuerte: aquel que comenzando por establecer en su espíritu el dominio de la razón sobre las ciegas impulsiones, se dirige con firme decisión hacia un fin noble, cualquiera que sean las dificultades, los peligros, o los intereses con que choque.

Decía hace poco el Presidente de la Universidad de Columbia: "La enseñanza superior debe formar, ante todo, en el que estudia, *a clear mind*, que yo traduzco en su sentido profundo: formar en él, un espíritu fuerte, un alma abierta".

Acaso a esta sabia orientación se debe que las Universidades de ese gran pueblo incorporen cada año a su vida útil, productos sanos, factores vigorosos de su actividad fecunda, en tanto gravita en la vida de otros pueblos, ese elemento enfermizo llamado con crueldad el pauperismo intelectual.

Múltiples factores determinan la superioridad de una nación; pero es indudable que la orientación de la enseñanza contribuye a que los Estados Unidos del Norte sean un exponente del porvenir que se anticipa, mientras otras nacionalidades son apenas el pasado que se va.

Pero me diréis, la adquisición de estas cualidades no es obra exclusiva del que aprende; poned vuestro hijo bajo la educación de un esclavo, decía el sabio griego, y en lugar de uno tendréis dos. La enseñanza emerge del ejemplo; de ahí que la noble función de dirigir a la juventud desde la cátedra, corresponda a aquellos que en la vida son capaces de realizar estos ideales.

Habéis desarrollado vuestra acción desde los primeros pasos escolares a base de la solidaridad que establece el interés común; temo, sin embargo, que no hayáis consolidado lo bastante ese sentimiento y que os disgreguéis al cesar las circunstancias que os reunieron. Habríais destruído en tal caso una fuerza. No será sin duda exclusiva culpa vuestra, es resultante de una perniciosa educación. Carecemos de espíritu colectivo y no somos, sin embargo, individualistas.

El verdadero individualismo reduce al mínimum la función del estado, elevando al máximum la acción del individuo. Nosotros sólo poseemos la deformación de ese sentimiento, constituído por el egoísmo individual.

En todos los órdenes de nuestra vida activa falta ese espíritu de asociación, resaltando el individuo aislado en medio de la colectividad. Vinculados en un propósito lo realizamos con debilidad por separado, y los más nobles anhelos mueren a veces en sus nacientes, no porque seamos incapaces de sentirlos, disgregados no estamos en condiciones de apoyarlos. La nacionalidad misma se debilita en su concepto. Mientras para el americano del norte todo lo suyo es lo más grande y lo más fuerte, para nosotros, todo lo nuestro es deficiente, y el arte, la ciencia, y nuestra literatura nacientes, no hallan estímulos porque los demás no empujan. Entre el extremo americano y el extremo nuestro, perniciosos los dos, preferible es aquel que es fortaleza.

No constituímos partidos políticos fuertes, porque no estamos ejercitados en el desarrollo de ese sentimiento colectivo, y faltos de la disciplina y del equilibrio que da la acción solidaria, absorbemos facultades que pertenecen a la entidad. Nuestra acción política reposa en el interés del momento o en el objeto del ataque, dándonos apariencias de vigorosos en los espasmos, para decaer y desorganizarnos cuando la situación objetiva se modifica; constituyendo así al gobierno en fuerza por sí mismo y no por la entidad orgánica de donde debe emanar su autoridad democrática.

Aspiramos a la obtención de una reforma y a la conquista de una libertad que no sabemos ejercitar. Ansiosos de seguir viviendo aislados—para que la individualidad no se diluya dentro de lo colectivo, —culpamos de personalistas a los partidos existentes, y sin constituir otros nuevos, no penetramos tampoco a su interior para reformarlos. Disimulando bajo denominaciones extremas, tendencias políticas indefinidas, halagamos un falso sentimiento; y la onda de la opinión se inclina incierta, haciendo cada vez más difícil su orientación definitiva.

La vida económica de la república sufre los debilitamientos de idéntico fenómeno. Ni aún la fe en nuestras industrias madres, estimula las magnas empresas cooperadoras; y pampas sin cultivos y ricas praderas sin ganados, sufren el choque de industria y capitales que debieron ser siempre concurrentes.

Si el espíritu colectivo determinara nuestras impulsiones, no necesitaríamos aspirar a ser fabriles; bastaría la acción cooperativa puesta al servicio de esas industrias generosas, para proveer al mundo de un producto que, al alcance de todos, cambia la faz de los problemas sociales, labrando así la grandeza argentina, no a expensas de la humanidad, sino en su beneficio.

Y entretanto, vinculando el hombre a la tierra que su trabajo fecunda, se engendra en su espíritu un sentimiento sencillo, pero íntimo y puro de nacionalidad, al que no alcanza la prédica insana de párias oprimidos.

Es necesario, para trocar el egoísmo individual en el poderoso egoísmo colectivo que ha hecho la grandeza de los pueblos anglosajones, cultivar dos virtudes que se presentan a veces deformadas en la vida. Sin la tolerancia, que es el respeto de la personalidad humana, no existe la armonía; sin el carácter que es la individualidad, falta la fuerza.

La tolerancia no es la indiferencia, es una sólida virtud que se convierte, sin embargo, en un vicio, cuando emana de nuestra debilidad. La fuerza de la sociedad no reside simplemente en la moral individual — llama que apaga el huracán violento de las pasiones, — supone una moral más amplia, constituída por la conciencia común, que erige a la sociedad en tribunal supremo de sus infracciones; si ella no castiga, las perturbaciones son aún mayores que las producidas por la lenidad en el juzgamiento de los delitos.

Los cómicos, dice La Bruyère, fueron despreciados en Roma y estimados en Grecia; hoy, los juzgamos como los Romanos, pero los tratamos como los Griegos.

Así nos conducimos muchas veces con hombres que reputamos inmorales; compartimos su amistad y los hacemos objeto de consideraciones a condición de que sean brillantes y dispongan de fortuna o de favores; cierto es, que si la condición no se cumple, realizamos la severa función de la justicia social y nuestro fallo es inexorable. Esto, señores, no es tolerancia; es complicidad o cobardía. La sociedad que así procede, carcome los cimientos de su edificio moral.

El carácter más que la inteligencia determina nuestros éxitos en la vida. La fuerza y la superioridad de las naciones reside en la multitud de vigorosos caracteres y no en las condiciones brillantes del espíritu. No ha sido el debilitamiento de la inteligencia, sino la extinción de esa energía, lo que ha determinado la decadencia y la desaparición de los pueblos en la historia; y si la falta de esa condición hace aún inferior a la individualidad mediocre, el hombre con talento y sin carácter, ejerce una influencia aun más nociva dentro de la sociedad en que actúa. Verdad que la reunión de esa virtud a una poderosa inteligencia, no es frecuente; acaso el genio, no ha sido sino la resultante de esa conjunción sublime.

El carácter no es la obstinación; es la tranquila virtud que impulsa las acciones viriles, que fortalece en el hombre las propias ideas y lo deciden a cambiarlas con presteza cuando el error se le demuestra. Es la condición superior en el hombre de gobierno y la directriz segura para el que lucha desde el llano; sin ella, el poder es favor y complacencia, y la política, especulación malsana del aplauso o agria oposición recalcitrante. El carácter hace noble al que manda y digno al que obedece, constituyendo al hombre en infranqueable reducto, que resiste lo mismo las tentaciones del poderoso, que el desvío inconsciente de las multitudes.

No se cultivan estas virtudes, no prestamos a la sociedad nuestro concurso, sino a condición de esa prolongada juventud que reside en el alma y no en los años; que constituye el haz de todas las fuerzas, el culto de todos los ideales, la integridad de todas las creencias, la nobleza en todas las aspiraciones y la amplitud en todos los entusiasmos.

Es otra la tendencia en nuestro medio; la juventud es fugaz, se anticipa la vejez y a poco se cae en prematura decrepitud. Réstanse así dos fuerzas capitales del organismo: la una que impulsa, la otra que produce. Los jóvenes pierden las condiciones de la juventud sin adquirir los méritos de la madurez, y los envejecidos,

con su auto declaración de inhabilidad, se substraen por debilidad o por egoísmo a la severa obligación de producir.

En las viejas naciones el fenómeno es inverso; no ha mucho nos visitaba el gran embajador de Inglaterra, James Bryce, y ese octogenario, al volver de su viaje, escribía un interesante libro sobre América; porque las energías se conservan mientras el hombre no decreta su vejéz, como la conservaron, para bien de la república, aquellos espíritus preclaros que constituyeron el núcleo patricio de la intelectualidad argentina.

La falta de una condición determina tal vez este fenómeno; la alegría es una fuerza en el espíritu, como la salud es fuerza en el organismo; se puede ser alegre por temperamento o por voluntad y nosotros no lo somos: como si el hombre taciturno de nuestras pampas, nos hubiera trasmitido su ingénita melancolía.

Observando en Inglaterra, que las bandas militares tocaban siempre el más alegre repertorio de los music hall, pregunté a un oficial a qué respondía este sistema. La música alegre, me dijo, facilita la marcha del soldado que soporta mejor las largas jornadas, haciendo innecesaria la severa disciplina.

La alegría, señores, juega idéntico papel en la larga jornada de la vida, facilita el acercamiento de los hombres y estimula las acciones colectivas.

Para constituir, pues, esa fuerte entidad necesaria, sed avaros en conservar vuestra juventud con todos sus empujes, con todos sus defectos de apariencia, que son en realidad sus calidades. Sois de la nave la impulsión motriz, no pretendáis desde ahora convertiros en su timón. Sed alegres. La seriedad reside en la conducta, no en su apariencia. Sed naturales; sobre todo, no seáis solemnes, que la solemnidad es la túnica de la insignificancia.

No incurráis tampoco en el error de creer que sólo se sirve al país desde el gobierno o del puesto público. Perturbadora visión que precipita, excusa de una ingénita debilidad, que contiene en la inacción a muchos hombres agotando sanas energías y extinguiendo útiles iniciativas.

Si solamente desde allí se llenara la noble función ciudadana, ¡en qué pocas manos estarían los destinos de la república! ¡Cuántos hay, sin embargo, que la han servido en su labor anónima y cuántos la hubieran servido mejor, si nunca hubiesen llegado hasta el gobierno!

Los pueblos más fuertes son aquellos en que predo-

mina sobre la idea de estatismo, la acción privada puesta al servicio de intereses colectivos.

Seréis útiles a vuestro país si no constituís un elemento inerte dentro de la sociedad. El trabajo intelectual o físico no es simple medio de adquirir riqueza, es, ante todo, la realización de la personalidad humana.

El éxito en la profesión que habéis abrazado no depende exclusivamente de vosotros; median múltiples factores extraños que lo alejan. No dejéis, sin embargo, de ser perseverantes, no os desaniméis por una corta espera, ni creáis por ello que la derrota es definitiva. Pero, evitad un mal frecuente en hombres de nuestra profesión; pues, si esperar poco es malo, esperando demasiado en la inactividad, se agotan las energías y se marchitan los ideales, llevando al hombre extenuado sin haber realizado el esfuerzo, a buscar la solución en la burocracia donde ha de sepultar los últimos restos de sus escasas energías. Os parecerá un sarcasmo el consejo que voy a daros; tomadlo si queréis en forma figurada.

Llegado el caso, colgad vuestra toga doctoral, pero no la troquéis por la lujosa librea del estado, que viste bien cuando la usamos llamados en un servicio, pero sienta mal buscada para cubrir nuestro fracaso. Vestíos sin reparo con la blusa del obrero; no os dará tal vez un falso brillo; nunca, en cambio, os oprimirá el cuello, y dejará siempre la completa libertad de vuestros músculos. Hasta en esa lucha valiente os servirá vuestro brillante título y los conocimientos adquiridos en esta casa, os pondrán a la cabeza haciendoos triunfar en definitiva.

Jóvenes doctores: Al emprender el largo recorrido, no sigáis la senda del interés estrecho; sólo por la amplia ruta del interés de todos, marchan los hombres hacia un noble fin.

Sois individualidades de una colectividad que es nuestra patria; ella reclama vuestra unión; porque la unión hace la libertad al hacer la fuerza. No olvidéis, que la nacionalidad no es simplemente la reunión numerosa de individuos, en un territorio poblado de industrias y cruzado de canales o de rieles; es algo más; es el poderoso vínculo de un sentimiento colectivo, movido a impulsos de un común ideal.

Señores: Constituyamos individuos fuertes, estrechamente unidos; marchando todos hacia la realización de una sólida nacionalidad, para que el nombre argen-

tino no sea simplemente nuestra designación bautismal, sino que signifique ante el mundo, las características exclusivas y propias de un pueblo; libre, por la realización efectiva de su ideal democrático; grande, por sus nobles ideas de humanismo a base siempre de su preexistencia nacional!...

END OF
TITLE